



Se propone a Pío IX
para que las Religiosas de la Asunción
lo imiten en su amor a la verdad, a la Iglesia y a las almas,
- en su devoción a la oración, al Oficio,
y al Santísimo Sacramento.

Madre María Eugenia – 10 de febrero de 1878

Queridas hijas:

En estos momentos, no se puede verdaderamente más que hablar de Pío IX, que llena todos los pensamientos y todos los corazones.

No insistiré en el dolor filial que llena el alma, cuando Dios nos priva de un padre como Pío IX. Me siento inclinada a considerarle ya como un santo, no solamente como a un santo a quien debemos encomendarnos, sino que diré, quizá os sorprenda, como un santo al que nosotras, Religiosas de la Asunción, debemos tratar de imitarle. Parece que hay gran diferencia entre la vida de un soberano Pontífice, que tiene a su cargo todas las almas del mundo, y la vida de una pobre religiosa en su celda; sin embargo, hay en la vida de Pío IX varios aspectos por los que podemos considerarlo como modelo para nosotras.

Ante todo, Pío IX estaba entregado a la verdad. ¿Quién ha trabajado más que él en extender el reino de la verdad en el mundo, en afirmar los dogmas y en condenar los errores? Ha sostenido grandes y continuos combates por la verdad. Ha defendido la verdad, ha sufrido por la verdad. Y como Nuestro Señor dijo a Pilatos: “He venido para dar testimonio de la verdad”¹, así este santo Papa, con valentía y en toda circunstancia, ha dado testimonio de la verdad.

Este amor a la verdad es una de las características que debemos llevar en el alma. ¿No era esta verdad la que arrobaba a san Agustín y lo atraía hacia Dios: ¿verdad de los dogmas, verdad eterna de Dios revelada al hombre, en una palabra, todo el conjunto de esas verdades admirables que son objeto de nuestra fe? Y también para nosotras, Hermanas, esta verdad eterna debe ser nuestro primero y principal amor. Fijaos que es en la verdad donde Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, se comunica al mundo, y esta verdad la recibimos a través de la Iglesia. Y así llegamos al segundo amor de Pío IX: el amor a la Iglesia.

¹ Jn. 18~37

Entregado totalmente a la verdad, Pío IX era también todo para la Iglesia, él dirigió la Iglesia, él trabajó y combatió por ella. Su vida era un sacrificio continuo por la Iglesia. ¡Cuántas cosas realizadas durante su largo pontificado, para mantener a la Iglesia en el lugar en que estaba establecida, para extenderla donde todavía no había penetrado; ¡para trabajar en la conversión de las almas, en la edificación y en la santificación de los fieles! ¡Qué solicitud la de Pío IX en cercenar los errores, en combatir las ilusiones, en restablecer todo en el orden! Amaba a la Iglesia, porque es la columna de la verdad en la tierra.

Nosotras, Hermanas, que tenemos como característica especial la adhesión a la Cátedra de San Pedro, centro de la verdad ¿no debemos, pues, consagrar también nuestra vida entera al amor y al servicio de la Iglesia?

Debemos obedecerla en todo: debemos rezar, trabajar, sufrir por ella, y hacer de toda nuestra vida una entrega constante a la Iglesia.

Este amor a la verdad y este amor a la Iglesia engendraban en Pío IX el amor a las almas. Creo habérselo dicho algunas veces, que cuando fui a Roma por primera vez, lo que más me impresionó fue la solicitud por las almas. Se sentía que el alma más pobre, la más expuesta a pecar, el alma de los ancianos, todas las almas cualesquiera que fuesen, eran objeto, en Roma, de una solicitud constante y materna.

Cada uno de los párrocos de la ciudad tenía la descripción detallada de todas las familias que vivían en su parroquia. Se preocupaban por cada una de estas familias, hasta el punto de saber si todos sus miembros habían cumplido con el precepto pascual, si alguno de ellos iba a la deriva, si se perdía. El párroco entraba en tan importantes detalles que, cuando una joven, arrastrada por una loca pasión, estaba expuesta a perderse, hablaba con el padre de familia para conseguir que esta joven hiciese Ejercicios espirituales, en uno de los conventos de la ciudad dedicados a ello, y más tarde le procuraba un matrimonio honorable para resolver esa situación.

Tal era entonces la autoridad de los párrocos, tal era su solicitud. A pesar de esto, la libertad para las confesiones era absoluta. No exigían que sus feligreses fuesen a confesarse a la parroquia. Se dejaba a todos, la mayor libertad, para ir con el confesor que mejor les pareciese: pero siempre en razón de esa atención hacia las almas, la facultad de confesar no se daba más que a hombres muy instruidos, virtuosos, de cierta edad, y sólo se les admitía para tales funciones, después de un examen serio. Los más grandes dignatarios de la Iglesia, como el Maestro del Sacro Palacio, el Comisario de la Inquisición, no desdeñaban el confesar a una pobre chica, a una pobre mujer que deseaban confesarse con ellos ¡Era un alma!

También se veía a los prelados ir a las buhardillas, para administrar un sacramento más, a un niño de siete u ocho años, que estaba expuesto a la perdición, puesto que había recibido el bautismo, pero que estaba amenazado a salir de este mundo con una señal menos gloriosa, sin el -sigillum-, sin el sello que marca al verdadero cristiano, porque no estaba confirmado.

De todas las impresiones que he tenido, una de las que más me ha llamado la atención, es esa solicitud inmensa por las almas, que partía por el que se hallaba a la cabeza y descendía a todos los que estaban bajo su gobierno.

Más tarde, Pío IX cautivo en el Vaticano manifestaba ese amor a las almas, acogiendo a todos los peregrinos. ¡Con qué facilidad daba audiencia a todos, incluso a los más pobres! Y no solamente en Roma, sino en el mundo entero ¿qué no ha hecho por las almas? Se puede decir que el amor a las almas era la pasión de Pío IX.

Volved sobre ello y preguntaos: “si en el interior de mi alma tengo un amor inmenso a la Iglesia, un amor inmenso a las almas, que me llevará a procurar no sólo su salvación sino también a

proporcionarles una mayor belleza, a hacerlas más agradables a Dios”, ¿no es esto el espíritu de la Asunción?

Hay otro aspecto en la vida de Pío IX al que una Religiosa de la Asunción debe prestar mucha atención: su vida ordenada. ¿Cuál es el rey, cuál es el potentado que tiene que tratar con tantos pueblos? ¿Quién es el que tiene relaciones con la China, con las regiones más alejadas de África, con las islas perdidas en medio del Océano? Todos los días, Pío IX, tenía que tratar con el mundo entero. Regía los destinos de todas las cristiandades dispersas en Asia, perseguidas en el norte de Europa, esparcidas en América y en las islas. Tenía que soportar todas estas inquietudes, tenía que atender a todas estas ocupaciones, no rehuía ninguna, y sin embargo un admirable orden presidía toda su vida.

Todos los días se levantaba a la misma hora; todos los días, -y esto es una gran lección para nosotras--, dedicaba largas horas a la oración, sin permitir que se le privase de ellas. Decía su Misa y después asistía a otra. La celebración del santo sacrificio, realizado siempre por la mañana, era preparado por medio de una larga oración efectuada, algunas veces durante la noche, y por la tarde rezaba otra vez largamente.

Añadiré que este santo Pontífice tenía una gran devoción al Oficio divino. Lo rezaba con su capellán, que era un hombre muy piadoso, pues Pío IX no escogía para tener cerca de sí, más que a hombres de gran pureza de vida, de gran fervor de santidad y de oración. Sin reunir estas circunstancias, no se hubiese podido entender con él. Así Monseñor Marinelli, que era su confesor, tenía esta reputación en Roma, y al decir yo, hablando de él: Parece un santo" me respondió: "Es que es un santo".

Pío IX llevaba una vida, no diría que muy austera, sino que de una gran abstinencia de todo lo que no es necesario para la vida. Cuando ya en su ancianidad, Monseñor de Poitiers le aconsejaba que tomara un poco de aguardiente añeja que le habían enviado, el Papa respondió: "Eso les sentará muy bien a estas pobres personas que me conducen". (en la silla gestatoria). Su vida era así, sencilla y frugal, y no aceptaba ni siquiera un poco de lo que se suministra a los ancianos para mantenerlos.

En su vida mostraba también mucha paciencia ante los sufrimientos, que en él eran muchos. Una señora, que ha estado últimamente en Roma, me decía que al subir la escalera que conduce a las dependencias en donde recibe el Papa, oyó los lamentos de Pío IX, cuando le colocaban en el sillón para trasladarlo a la sala en que iba a celebrarse la audiencia con sus hijos. Sufría de tal modo que cada movimiento le causaba dolor, pero a pesar de sus grandes sufrimientos, se mostraba siempre amable, siempre fiel a las grandes devociones que nosotras debemos tener, pues he de añadir que, a la oración y al Oficio, Pío IX era especialmente devoto del Santísimo Sacramento.

Tenía el Santísimo Sacramento en su oratorio, y se dice que, cuando podía, pasaba en él parte de la noche en oración. En otras circunstancias, como durante el destierro en Gaeta, llevaba con él el Santísimo Sacramento. Era su principal devoción, su devoción más sensible, a la que dedicaba toda su veneración. Cuando decía la Misa, se le veía absorto. Cuando alguien la celebraba ante él, ofrecía también un testimonio de gran respeto. Seguía todas las actitudes que los fieles deben seguir, pero su mirada estaba siempre fija en el sagrario y en el altar en el que Jesús se inmolaba.

Pues bien, Hermanas, estas tres devociones, la oración, el Oficio y el Santísimo Sacramento, ¿no son las de una Religiosa de la Asunción?

Quisiera también decir algo sobre las relaciones de Pío IX con los hombres. Sus palabras se elevaban siempre hacia el cielo. Ninguna conversación tenía mayor encanto, mayor seducción

que la suya; pero sabía siempre mezclar palabras de fe, que elevaban al alma Y hacían bien al alma. «El agua de la naturaleza, me decía un día Monseñor de Ségur, corre por la tierra; sólo con medios artificiales es como se la eleva del suelo". A nosotros nos ocurre lo mismo: nuestros pensamientos, nuestros sentimientos, nuestras conversaciones descienden fácilmente hacia las cosas de la tierra; en Pío IX, por el contrario, sus palabras, guiadas por la gracia, se elevaban siempre hacia el cielo. Mirad las numerosas alocuciones que ha pronunciado; ¡qué llenas están de verdad, ¡qué llenas están de fe, ¡qué llenas de ideas de salvación!

¡Ah! Hermanas, he aquí la gran lección que una Religiosa de la Asunción debe aprender de Pío IX. Si cada una de vosotras pudiese llegar, al menos, por medio de la oración y por medio de la gracia de los retiros, a que todas sus palabras se eleven hacia Dios, y siempre aporten a las almas algo celestial, ¡cuánto bien haría a su alrededor!

No quiero decir con esto que tengáis que ser predicadoras. No, no hace falta predicar; una persona predicadora se hace insoportable y cansa a los demás; pero, cuando el corazón está penetrado por el amor a Dios; las palabras corrientes están llenas de fe y se elevan hasta el cielo. Si hay una gracia que necesitamos buscar y pedir, es precisamente ésta. Lo que os he dicho al principio, el amor a la verdad, el amor a la Iglesia, el amor a las almas, son los cimientos de esta gracia; el espíritu sobrenatural en la obra es su manifestación.

Las palabras de Pío IX tenían otras tres características que quiero también proponer para que podáis imitarlas: la bondad, la alegría, la franqueza. El Santo Padre era siempre amable. Una noche en que le dolían mucho las piernas, y que su camarero, se retrasaba mucho en traerle lo que podía aliviarle, Pío IX solamente le dijo: "Il Signor CarIo" se toma su tiempo. Nunca se le oyó una palabra de queja a pesar de sus grandes sufrimientos. Aceptaba todo con amabilidad, con bondad, con alegría. Era vivo en sus réplicas, vivo en su franqueza, porque era siempre auténtico. Nunca, ni siquiera para suavizar una verdad, dijo nada que no fuera exactamente lo que pensaba. La franqueza estaba en sus labios lo mismo que en su corazón.

Así es como Pío IX pervive en mi recuerdo; así es como me gusta describíroslo hoy. Aunque se hallaba en una situación muy por encima de la nuestra. podéis observar que tenemos grandes lecciones que aprender de él. Sin duda todos los días conoceremos algo más de él; cada día conoceremos rasgos ocultos de su bondad, de su generosidad, y posiblemente de su austeridad.

Mientras tanto, al mismo tiempo que rezamos por él, como nos obliga el agradecimiento, pidámosle también que nos conceda las virtudes que le han hecho tan santo. Hemos nacido, por así decir, bajo su pontificado. Cuando comenzamos en 1839, todavía no era Papa; pero su reinado es el que ha visto el desarrollo y la aprobación de nuestra obra. Sería de desear que su espíritu marcara nuestra Congregación y que se nos pudiera siempre reconocer como hijas de un Instituto al que él concedió la aprobación y al que elevó así a estado adulto y perfecto.